



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE22185

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

La paz con ojos de mujer

“Todos somos prisioneros de una representación masculina de la guerra, que surge de percepciones puramente masculinas, expresadas con palabras masculinas, en el silencio de las mujeres”, dice **Svetlana Aleksievič**. Nadie ha contado la historia de la guerra como ella, incansable coleccionista de historias y testimonios de mujeres, recogidos en libros a través de su “escritura polifónica” que en 2015 le valió el Premio Nobel de Literatura. Desde Berlín, donde reside, la periodista y escritora concedió una larga entrevista a **Ritanna Armeni** y **Lucia Capuzzi** para *Donne, Chiesa, Mondo*, que este número habla sobre la guerra porque la perspectiva femenina sobre la guerra no es solo una cuestión de género, sino un recurso crucial para el futuro de la humanidad. Este mes entramos en el tercer año de la invasión rusa a Ucrania, hay más de cincuenta conflictos activos en el mundo y mientras tanto Oriente Medio encadena una crisis tras otra. El dato alarmante es que en el último año el porcentaje de víctimas femeninas se ha duplicado respecto a la década anterior. Es como si el mundo, hundiéndose en una espiral de violencia, intentara sofocar las mismas voces que podrían indicar una salida.

La trágica historia de **Vivian Silver** representa la paradoja más desgarradora de la relación entre las mujeres y la guerra en estos años oscuros. Activista por la paz israelo-canadiense de setenta y cuatro años, fue asesinada en el *kibutz Be'eri* el 7 de octubre de 2023. Ella había dedicado su vida a construir puentes entre israelíes y palestinos. Su final ilumina una verdad fundamental: las mujeres no son simplemente víctimas pasivas de los conflictos, sino portadoras de una visión alternativa en la resolución de las disputas, fruto de una experiencia histórica de resistencia no violenta que ha forjado herramientas diferentes para enfrentar el poder.

El patriarcado ha hecho de la guerra su expresión suprema, transformando la diferencia en jerarquía y la debate en opresión. Pero precisamente a partir de la experiencia de la marginalidad, las mujeres han desarrollado una inteligencia contracorriente basada en la diplomacia en lugar del abuso, la creatividad en lugar de la destrucción y la mediación en lugar de la imposición. Los números confirman esta intuición. Como señala la ONU, la presencia femenina en las negociaciones aumenta las posibilidades de una paz duradera en un 35%, aunque las mujeres representan solo el 10% de los negociadores mundiales. La lección de Vivian Silver, como el testimonio literario de Svetlana Aleksievič, nos recuerdan que la paz no es simplemente la ausencia de conflicto, sino la capacidad de imaginar y construir diferentes formas de convivencia.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ANGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

La premio Nobel de Literatura, Svetlana Aleksievič, comparte sus inquietudes sobre el complejo escenario global: “Creímos que los conflictos se resolverían sin violencia, pero no es así”

RITANNA ARMENI y LUCIA CAPUZZI.

Traducción de la entrevista del ruso realizada por Eleonora Mancini

Detrás de Svetlana Aleksievič hay un péndulo que parece marcar sus palabras y el ritmo de nuestra conversación. En Berlín, la ciudad en la que se refugió tras abandonar Bielorrusia en 2020, tres años después del inicio de la invasión rusa de Ucrania, Svetlana nos habla con la voz tranquila y el tono firme de quien en los últimos años ha encontrado la confirmación de sus ideas sobre la guerra y la paz, la vida, la muerte y el amor. Como en sus libros, también en nuestra larga conversación los grandes conceptos se convierten en palabras simples y cotidianas.

Desde sus primeras palabras queda claro que el conflicto que desgarró dos de sus “hogares” –Ucrania y Rusia– y pasa por el tercero, Bielorrusia, donde nació hace 76 años, no la ha hecho cambiar de opinión. “La guerra no tiene rostro de mujer”, repite como en el título de uno de sus libros. “Todos somos prisioneros de una representación masculina de la guerra, que surge de percepciones puramente masculinas, expresadas con palabras masculinas, en el silencio de las mujeres”. “Hemos vivido acontecimientos tan traumáticos”, continúa, “que creo que sólo el amor puede salvarnos. Sin amor no podemos volver sobre nuestros pasos ni proyectarnos hacia el futuro. Solo a través del amor a la vida, a la humanidad, podemos tener la esperanza de reconstruir lo que ha sido destruido y pensar en un mañana”.

Hablemos del amor. Usted nunca lo nombra explícitamente en sus libros, pero es el protagonista oculto de cada página y su ausencia es la causa principal de la guerra. No se puede hablar de paz sin hablar de amor. ¿Ha pensado alguna vez en hacer del amor el protagonista directo de sus historias corales? ¿O es demasiado difícil?

Comencé a escribir un libro sobre el amor cuando todavía vivía en Bielorrusia, pero mis manuscritos se quedaron allí, en casa, cuando me vi obligada a huir durante la revolución de 2020. Después de llegar a Alemania, viví un primer año muy desorientada. Pero cuando estalló la guerra en Ucrania, me di cuenta de que *el sovok*, el hombre soviético, el héroe de mis libros, ligado a su pasado soviético, no estaba muerto en absoluto. Su his-

toria continuaba. Y yo tenía que seguir contándola.

Cuando recibió el Premio Nobel de Literatura declaró: “Tengo tres hogares: mi tierra bielorrusa, que es la patria de mi padre y donde he vivido toda mi vida; Ucrania, que es la tierra natal de mi madre y donde nací; y la gran cultura rusa, sin la cual no puedo imaginarme. Me preocupo por los tres”. ¿Sigue siendo así hoy en día? ¿Los vínculos siguen siendo los mismos o ha cambiado algo?

Mis sentimientos no han cambiado. Entiendo el dolor de los ucranianos que no quieren saber nada de la lengua y la cultura rusas y se distancian de ellas. Tal como ocurrió con la cultura alemana después de la Segunda Guerra Mundial. Es un mecanismo comprensible, pero peligroso y que encuentro también fuera de Ucrania. La chica que me peina aquí en Berlín dejó de ir a tiendas rusas para no escuchar más ese idioma. Pero la cultura no tiene la culpa, es solo una herramienta, una entidad aparte, más allá de las opciones políticas. La culpa de la guerra la tienen los políticos, los que dirigen los países.

Volver a la guerra

En Europa hemos vivido en paz durante mucho tiempo. Las guerras estaban en otra parte, lejos de nosotros. Pero hoy ha vuelto a tocarnos de cerca. Tras la Segunda Guerra Mundial, ¿esperaba usted un nuevo periodo de guerra?

Después de la caída de la Unión Soviética viajé mucho y hablé con mucha gente. Descubrí que mientras en las grandes ciudades –Moscú, San Petersburgo, Minsk, Kiev– existía la ilusión de un cambio democrático, en los pueblos y ciudades pequeñas la realidad era muy diferente. La gente estaba unida al pasado y hablaba de **Stalin** como si fuera el salvador, con frases como: ‘Si Stalin volviera, lo arreglaría todo’. Esto me hizo darme cuenta de que la transformación era solo superficial. En el fondo, nada había cambiado. La gente todavía estaba apegada a un pasado del que no quería desprenderse. Mis amigos en Moscú no querían creerlo, pero estaba claro que el proceso de Gorbachov había sido solo una fachada, algo que tenía que ver con las élites.

¿Y los demás?, ¿el pueblo?, ¿los que no formaban parte de las élites?

“Solo el amor puede salvarnos de la guerra”

Seguían deseando el socialismo “con rostro humano” y no, como muchos creían, el capitalismo. Mi padre, que vivió el fin del comunismo como un trauma y quería ser enterrado con un carné del partido, me dijo: “La idea era buena, fue Stalin quien la destrozó”. No era un auténtico *sovok* (término despectivo utilizado en Rusia para definir a las personas con una mentalidad rígidamente soviética), era un hijo de su tiempo. Y muchos eran como él. El drama de esos setenta años de vida bajo el régimen soviético no ha sido comprendido. No se entiende lo que significaba vivir con la mentalidad soviética.

Su literatura es coral. Con historias sobre las vidas de hombres y mujeres en la ex Unión Soviética o historias que muestran la guerra desde el punto de vista femenino. Hoy, en otra época de conflicto, ¿a quién confiaría la tarea de contar esta guerra y las guerras de hoy?

Acabo de terminar de escribir un libro sobre la revolución en Bielorrusia en 1920, la guerra en Ucrania y la decepción no solo con Putin, sino con el propio pueblo ruso. Es difícil que una sola voz cuente una historia tan compleja. Quizás se pueda contar el dolor, pero ahora es necesario hacer más, dar sentido a todo lo que ha pasado. No creo que haya una persona –una sola persona– que realmente entienda lo que está sucediendo en Ucrania. La gente está confundida, perdida. Tanto



los intelectuales como la gente normal. Los ucranianos hablan de su dolor. La verdadera pregunta, sin embargo, es tratar de entender por qué sucede todo esto. Yo también pensé que no había ya ningún *sovok*, pero precisamente es él quien ha ido a combatir a Ucrania.

En "Últimos testigos" recoge los testimonios de quienes de niños vivieron la ocupación alemana en Bielorrusia. Hoy, los niños de Gaza, los niños israelíes, los jóvenes ucranianos y rusos enviados al frente siguen siendo víctimas de la guerra. ¿Solo podemos ofrecer violencia?

Creíamos que en el siglo XXI resolveríamos los conflictos sin violencia, pero no ha sido así. En algunos artículos rusos leí que esta es una "guerra de viejos". De hecho, la generación en el poder es vieja y nos está arrastrando a un conflicto que pertenece al pasado. Fijémonos en las guerras de hoy. Se libran con una mentalidad del siglo pasado, con ocupación y violencia, una manera de concebir el progreso solo a través de la fuerza.

¿Se refiere también a la guerra en Ucrania?

Claro, esa también. Cuando empezamos algo que hasta hacía poco creíamos imposible: tanques marchando hacia la frontera, como si hubiéramos retrocedido en el tiempo. A veces parecía como si estuviera en la Edad Media. Hace apenas unos años todos estábamos convencidos de que entrábamos en una era de cambio.

Era difícil imaginar que en el siglo XXI las diferencias tuvieran que resolverse con violencia. Y hoy nos damos cuenta de lo poco que realmente ha cambiado el mundo.

La cultura occidental ha intentado convencerlos de que las ideologías han terminado, pero las guerras continúan. ¿Por qué?

Los filósofos y los políticos han fracasado en su tarea. Aún hoy prevalece una concepción anticuada del valor de la vida humana. Recuerdo una reunión de la Academia de Ciencias, durante la tragedia de Chernóbil. Un profesor de edad avanzada dijo: "Sí, podemos evacuar a la gente, pero ¿quién avisa a los animales? ¿Quién salvará las vidas de los pájaros, los caballos o los perros?" Eso es, el hombre siempre piensa solo en sí mismo. Chernóbil representa cómo concibe la vida el hombre. Aún hoy nadie parece reflexionar sobre cómo resolver los conflictos que nos separan.

¿Nos está diciendo que la humanidad, en su conjunto, ha retrocedido? ¿Ha retrocedido respecto a los valores de la convivencia, del amor?

Ha habido una profunda regresión en la forma en que los seres humanos experimentan los sentimientos y la espiritualidad. Se ha simplificado todo, se ha dejado de lado la formación humanística para privilegiar la científica y técnica. Sin la primera olvidamos las cualidades que caracterizan la esencia del ser humano, aquellas que Dios nos ha dado.

Hemos hablado del sovok y de su involución. ¿Y el hombre occidental?

Me pregunto cómo ha evolucionado el alma occidental. Tal vez seáis vosotros, los occidentales, quienes necesitáis contar cómo habéis cambiado. Sé que la democracia que tenemos hoy nos la dio la cultura occidental. Sé también que estamos asistiendo al regreso de pulsiones antidemocráticas, peligrosas e inquietantes. Espero que la democracia prevalezca en Ucrania. Si Putin gana, el mundo avanzará hacia un futuro militarizado, donde cada país se verá obligado a tomar partido, a atacar o a defenderse.

La voz de Francisco

Entre las pocas voces de paz que se escuchan en un mundo que parece cada vez más dividido está la del Papa. Francisco nunca ha escatimado palabras fuertes para pedir el fin de la guerra o, al menos, una tregua. ¿Cree que hay espacio para escucharle?

En Moscú, he visto a sacerdotes ortodoxos bendecir las armas de los soldados e incluso los submarinos destinados a provocar la muerte. No me gustó. La Iglesia no puede bendecir la violencia. En Bielorrusia, durante la revolución, vi que muchos sacerdotes católicos abrieron las puertas de las iglesias para dar refugio a los manifestantes. Y así salvaron muchas vidas. La Iglesia católica ha demostrado una grandeza que otras instituciones no han tenido. Todavía tengo un recuerdo muy claro de Chernóbil, cuando las iglesias se llenaron de gente desesperada buscando respuestas. Hoy creo que necesitamos volver a esos valores religiosos, a la fe en el futuro. Sin futuro no hay humanidad. *Volvamos a sus tres hogares. ¿Qué sueña para cada uno?*

Sueño con una Bielorrusia libre y democrática, que ya no esté ocupada, y con una Ucrania que supere la terrible prueba de la guerra. El pueblo ucraniano ha sufrido demasiado, ha perdido muchas vidas y espacios culturales. También sueño con que la cultura rusa redescubra el valor de la vida humana, porque esta es la tarea principal de todo artista y sacerdote. Necesitamos volver a respetar a todos los seres vivos. Todavía recuerdo las lágrimas en los ojos de los caballos en Chernóbil que tenían que ser sacrificados. En ese momento comprendí que todos éramos parte de un solo mundo, de una sola vida. Ya no tiene sentido sentirse solo ruso o bielorruso. Todos somos víctimas de una ofensa mayor, la perpetrada por los seres humanos contra la vida.

La fe de Houda en el diálogo

ROMILDA FERRAUTO

Si las mujeres participaran más en las negociaciones, sería más fácil lograr la paz”. La hermana **Houda Fadoul** lo dice con convicción y sabe de lo que habla porque ha visto la guerra de cerca. En Siria, durante diez años, en medio del conflicto, fue superiora de Deir Mar Musa Al-Habashi (Monasterio de San Moisés, el Egipto), fundado en 1982 por el jesuita italiano **Paolo Dall'Oglio**, desaparecido el 29 de julio de 2013 en Raqqa. No fue fácil sacar adelante este legado durante la guerra. El hecho de ser mujer no ha supuesto una desventaja. “¡Al contrario!”, murmura tímidamente, insinuando una sonrisa. Discreta y menuda, esta monja católica siríaca irradia una fuerza mansa. Nacida en Damasco hace 61 años, se licenció en ingeniería agrícola y, tras trabajar durante seis años en una fábrica de pesticidas, en 1993 entró en la comunidad monástica de Deir Mar Musa, donde aún reside.

En octubre de 2024 acudió a Roma para participar en la segunda sesión del Sínodo y nos vimos con ella en la Ciudad Eterna. Llama la atención su serenidad, que nada parece socavar, y su fe inquebrantable. También cuando nos actualizamos online, unas semanas después, tras la caída del régimen de **Bashar al-Assad**. A pesar de la incertidumbre y del temor legítimos, Houda Fadoul ofrece respuestas lúcidas, concretas, concisas y con una mirada que va más allá de las apariencias. “Asumir la responsabilidad del Monasterio después de Paolo Dall'Oglio no fue fácil. Lo que me ayudó mucho fue escuchar a la comunidad y compartirlo todo con ellos. Pero debo decir que durante la guerra pude hacer muchas cosas precisamente porque era mujer. En algunas situaciones dramáticas todavía es más fácil para una mujer actuar”. Hasta ahora las guerras han sido un asunto masculino. Si hubiera más mujeres en el poder, ¿habría menos conflictos? Intento devolverle la pregunta a sor Houda.

Contesta con decisión. Y no expresa ninguna duda sobre el hecho de que exista una especificidad femenina. “Existe. Se debe fomentar la presencia de mujeres en las negociaciones de paz. Las mujeres tienen más paciencia, más ternura, saben decir las cosas en el momento oportuno...



Saben ablandar corazones. Y los resultados son visibles. Ya lo hacen en la familia. Aunque hay mujeres guerreras, se puede decir que existe una incompatibilidad entre las mujeres y la guerra. Es algo que está escrito en su ADN como potenciales madres”.

Más vulnerables

Durante la guerra en Siria, las mujeres han sufrido a causa de la violencia, de las violaciones y en las cárceles. Han perdido maridos, hijos, hermanos. La hermana Houda no quiere hacer una distinción de género en cuanto al grado de sufrimiento, pero reconoce que las mujeres pueden ser más vulnerables. “Corren el riesgo de convertirse en objetivo de todo, sobre todo, cuando están solas con los niños mientras sus maridos luchan”, señala, advirtiendo, sin embargo, que la guerra también puede hacerlas más fuertes. “Llevan las heridas más profundamente en el corazón, por razones biológicas y psicológicas, pero toleran el sufrimiento mejor que los hombres y, por tanto, también son más capaces de ayudar a otros a superar el dolor”.

Sor Houda, que estudió filosofía y teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, donde se licenció en Espiritualidad, ha visto muchos ejemplos de mujeres que “crecen también espiritualmente” obligadas a responsabilizarse de sus vidas en ausencia de los hombres, de proteger y defender a la familia y de olvidarse de sus

propias necesidades. ¿Cómo podríamos entonces negar a las mujeres la oportunidad de ocupar roles de liderazgo y de participar en el futuro de su país? “Hay que hacer las cosas juntos, hombres y mujeres. Esto debe ser así en todas partes, tanto en la guerra como en la paz, cada uno debe hacer su parte”, afirma inmediatamente.

“Soy una mujer y quiero seguir siéndolo siempre –añade–. No quiero ocupar el lugar de ningún hombre. Si las mujeres quieren asumir su papel en la Iglesia y en la sociedad, me parece bien; pero no contra los hombres ni en lugar de los hom-



bres. Cada uno tiene su propio papel, su propio carisma, su propio don del Señor. Necesitamos educar a hombres y mujeres para que entiendan que no somos iguales, pero que tenemos los mismos derechos, la misma dignidad y todos merecemos respeto”. En el fondo de las decisiones de vida de sor Houda hay una certeza: la clave de la paz es la convivencia. Era el sueño del Padre Dall’Oglio, el mensaje que está en el corazón de Mar Musa.

“Nuestra vocación es la oración, el trabajo manual y la hospitalidad. Pero nuestro horizonte es el diálogo con el islam. Este es nuestro carisma. Y después de todo lo sucedido, la experiencia tan particular que se vive en el monasterio de Mar Musa representa una esperanza, la prueba de que el diálogo todavía es posible”. Cada uno con su propia experiencia de fe. “Durante la guerra, una noche dos trabajadores musulmanes propusieron no regresar a su casa para ayudarnos a defender el monasterio si era necesario”. Pero ¿cuál es la “receta” en un país agotado por la guerra civil? Sor Houda no esconde las dificultades: “Cuando como comunidad hablamos de diálogo, no es algo sencillo... Ha habido experiencias negativas. La imagen del islam ha sido distorsionada”. La receta es la oración, “confiar ante todo en el Señor, en un grupo sin miedo y con serenidad si queremos reconstruir una nueva Siria libre, abierta, donde todos tengan derecho a vivir con igual dignidad”.

Quizás por ser mujer, Houda Fadoul también insiste en la ayuda concreta que ofrece el monasterio para “cosas esenciales”. “La comida era la prioridad. Solo cuando la gente empiece a sentirse mejor podrá pensar en el futuro de su país”.



Youmna, entre el amor de madre y el periodismo

LIDIA GINESTRA GIUFFRIDA

En Gaza hubo días en los que estar vivo era más difícil que otros. Recuerdo el cuarto día de la guerra como el día del juicio, fue la primera masacre cometida por el ejército israelí en el campo de refugiados de Jabaliya. Acababan de morir treinta personas cuando el ejército nos advirtió de que bombardearían de nuevo.

Empezamos a correr despavoridos, había un enorme caos. Mi equipo estaba desaparecido, llamé a la redacción y les pedí que avisaran a mi familia de que, si moría, me buscaran allí”. **Youmna El Sayed** tiene 34 años y diez años de experiencia en Gaza. Es una periodista palestino-egipcia, corresponsal de Al Jazeera English. Ese día y los que vinieron después logró sobrevivir. Durante los tres meses sucesivos no dejó de informar sobre la ofensiva de Israel en la Franja en respuesta al ataque del 7 de octubre de 2023 llevado a cabo por Hamás.

“No podía permitirme el privilegio del dolor. Me tocaba trabajar en las zonas bombardeadas y hacer directos frente a las fosas comunes. Vi cómo se sacaba a niños de los escombros, heridos, quemados y asesinados... Y había que contarlo. No me quedaba tiempo para llorar a mi pueblo. Me obligué a trabajar, reprimiendo cada una de mis emociones porque, si me hubiera permitido sentir algo, me habría derrumbado”.

Desde hace más de un año, solo los periodistas de Gaza informan sobre la guerra, porque a los periodistas extranjeros no se les permite entrar en la Franja. No hay nada más difícil que contar un dolor que forma parte de ti y hacerlo muchas veces a costa de tu propia vida. El Comité para la Defensa de los Periodistas con sede en Nueva York, con fecha de 20 de diciembre, estimó en 141 el número de colegas asesinados en la Franja.

Despedida

Todos los días, Youmna dejaba a sus hijos en casa para ir a trabajar: “Me obligaba a pasar por el tormento de despedirme de ellos sin saber si los encontraría con vida. Sentí que tenía un deber moral y que, al hablar de los niños de Gaza, también estaba contando al mundo la historia de mis propios hijos”.

Precisamente, para salvar a su familia Youmna se vio obligada a abandonar su trabajo como reportera de guerra. Desde enero de 2024, se encuentra refugiada en El Cairo con su marido y sus cuatro hijos de 13, 12, 9 y 6 años. “Un día el ejército llamó a mi marido y nos ordenó que nos fuéramos porque estaban a punto de bombardear la casa. Huimos hacia el sur, caminando entre cadáveres abandonados. Le rogué a mis hijos que no los miraran. Como periodista sentía el deber de contar ese horror, pero como madre tenía que proteger a mis hijos”.

La difícil elección de Neta, militar en la reserva que dice “no”

El 17 de octubre de 2023, **Neta Caspin** estaba en su casa en Haifa, la principal ciudad del norte de Israel. El día del ataque de Hamás, las fiestas judías estaban llegando a su fin y se preparaba para regresar a las aulas del Technion, una de las principales universidades tecnológicas de Israel, para continuar su doctorado en ingeniería alimentaria. En agosto fue dada de baja como reservista del ejército israelí. Después de dos años de servicio militar obligatorio, completó tres años más de extensión voluntaria con el grado de oficial. Decidió permanecer como reservista, es decir, como civil lista para reincorporarse al ejército en caso de emergencia. Durante una semana al año necesitan actualizarse. Neta estaba asignada al Batallón Hebrón, el ejército que opera en la ciudad de la tumba de los Patriarcas, santa para judíos y musulmanes, una de las ciudades palestinas que son un termómetro del conflicto.

De treinta y tres años, criada en una familia laica, con dos hermanos y una hermana, de pensamiento de izquierda, decidió seguir como reservista para conocer de primera mano las zonas más calientes de los Territorios Palestinos. En todos estos años, nunca ha presenciado directamente actos de violencia gratuita, pero ha visto los asentamientos israelíes en Hebrón y sus alrededores, donde viven colonos extremistas. Está convencida de que es un deber moral defender a los ciudadanos israelíes de los ataques terroristas, pero considera inaceptable la política de ocupación en constante expansión del actual gobierno.

Imágenes impactantes

En 2023, Neta fue asignada a otras unidades que operan en la frontera de Gaza. Muchas mujeres soldados operan en la barrera aparentemente infranqueable que divide la Franja de Israel, y se les confía la tarea de actuar como vigilantes. Al amanecer del 7 de octubre de 2023, Neta comprendió inmediatamente que el devastador ataque de Hamás conduciría a su país a una guerra sin precedentes. Durante tres días no pudo comer ni dormir debido a la brutalidad de las imágenes transmitidas por la televisión. También la mantienen despierta por la noche los más de 250 rehenes tomados por terroristas.



A principios de noviembre de 2023, Neta se encontraba en la frontera de Gaza, al frente de una unidad que reparaba vehículos militares. Su base está cerca de Nir Oz, uno de los kibutz implicados en la masacre. La ira contra aquellos que no defendieron a Israel está generalizada entre los soldados, la mayoría de los cuales están convencidos de que liberar a los rehenes será la prioridad de la guerra. A la tregua para la liberación del primer grupo de rehenes en noviembre de 2023 le seguirán otras, piensa Neta, mientras cada vez llegan más soldados heridos a la base.

Durante una cena bajo las tiendas militares, Neta comenzó a discutir con el rabino de la base, quien intentaba convencer a los soldados de que todos los palestinos de Gaza son enemigos a los que hay que pagar con la misma moneda. Cuando Neta hablaba del alto número de víctimas civiles palestinas, le respondía que los terroristas utilizan a los civiles como escudos humanos y que, por lo tanto, las muertes de inocentes son inevitables. Neta, en su interior, estaba cada vez más turbada. Ama a su país, quiere servirlo, pero no de esa manera.

No fue fácil decidirse a firmar una carta pública, junto con otros 150 reservistas, dirigida al primer ministro **Netanyahu** en la que anunciaban que no servirán más en el ejército hasta que el Gobierno no fuera capaz de liberar a los rehenes. Cuando, tras quitarse el uniforme en abril de 2024, regresó a las aulas del Technion, percibió el precio de la gestión política de esta guerra en sus relaciones con los estudiantes árabes. Lazos rotos, desconfianza mutua, heridas profundas que difícilmente sanarán.





Lishay espera a su marido Ormi, rehén en Gaza

ALESSANDRA BUZZETTI

Cuando la conocimos en diciembre, **Lishay Miran Levi**, de 38 años, tenía el rostro demacrado y portaba dos colgantes alrededor del cuello, la estrella de **David** y el lazo amarillo, un símbolo internacional de solidaridad con los rehenes, visible en todo Israel. Viste una sudadera negra con la imagen de su esposo **Omri** que sonríe mirando a su hija **Roni** en sus brazos. Tenía dos años cuando vio a su padre por última vez. El 7 de octubre de 2023, en el *kibutz* Nahal Oz, unos hombres con fusiles se lo llevaron ante sus propios ojos. Su hermana **Alma**, de seis meses, estaba en brazos de su madre. Desde entonces, cada mañana Roni pregunta si su padre volverá a casa ese día; a veces lo pregunta llorando, porque una niña puede llegar a pensar que alguien no regresa porque ya no la quiere. Para Alma, sin embargo, su padre es el hombre de las fotografías colgadas por toda la casa y en las calles junto a la frase: “Omri Miran, 48, Bring Him Home”.

Lishay lo había conocido poco antes del Covid en una fiesta de Purim, que conmemora la salvación del pueblo judío de una conspiración para destruirlo. Fue amor a primera vista. Un año después se casaron y Roni llegó casi inmediatamente. “Te amo, no te hagas el héroe”, fueron las últimas palabras que Lishay gritó a su marido mientras los terroristas lo arrastraban en el coche rumbo al infierno de

Gaza. Durante meses, Lishay se tocaba la cara cada vez que se despertaba. Casi con la incredulidad de estar viva e imaginar a Omri en un túnel, sin agua, sin comida. Durante meses no supo nada. En abril de 2024, lo volvió a ver en uno de los sádicos vídeos de propaganda de Hamás. Delgado y exhausto, rogó al gobierno israelí que no lo abandonara. Lishay está convencida de que su profesión de terapeuta de *shiatsu* le ayuda a resistir y no perder la cabeza.

Superación

Durante meses, todos los días superó su timidez natural y marchó por las calles de Israel junto a cientos de otros familiares y voluntarios para exigir la liberación de todos los rehenes. No se resigna ni remotamente a la idea de poder vivir sin esa mitad de sí misma que le fue bárbaramente arrancada. Una pesadilla de sus noches de insomnio, que esconde a sus hijas cuando se despiertan por la mañana. Cualquier día podría ser el día en que volviera papá a casa. Desde el 7 de octubre de 2023, Lishay volvió a vivir con sus padres en el *kibutz* de donde fue evacuada. Roni se ha unido mucho a su abuelo, un hombre que no ha recitado *kidush* en la tarde de Shabat desde que se llevaron a su padre. Estaba enfadado con Dios. Fue Roni quien le pidió que volviera a hacerlo y rezara con ella. Lishay no es religiosa, pero cuando no sabes qué es del hombre que amas siempre esperas un milagro.

Vivian, dedicada a la paz hasta el final

Apenas tres días antes de su muerte, todavía marchaba por las calles de Jerusalén con Women Wage Peace, la organización que ella había ayudado a fundar. Vivian Silver nació y creció en Canadá. Visitó Israel por primera vez en 1968, durante su primer año de universidad, y luego asistió a la Universidad Hebrea de Jerusalén. Con 25 años, en 1974, se convirtió en miembro del *Kibbutz Gezer* y fue su secretaria, una de las pocas mujeres que ha desempeñado ese papel. En 1990, junto con su marido y sus dos hijos, se trasladó a Be’eri, un *kibutz* situado a cinco kilómetros de la frontera con la Franja de Gaza. Allí el 7 de octubre de 2023, los milicianos de Hamás tomaron como rehenes a un número indeterminado de civiles israelíes y mataron al menos a 108 de ellos, entre ellos **Vivian Silver**, identificada únicamente gracias a pruebas de ADN realizadas a algunos restos humanos.

Tenía 74 años y durante toda su vida fue una activista por los derechos de las mujeres reivindicando la igualdad de género. Women Wage Peace, fundada originalmente por mujeres israelíes, ha llegado a lo largo de los años a mujeres y hombres de otras regiones y religiones, hasta el punto de tener más de veinte mil miembros. Tiene dos objetivos principales: fomentar las negociaciones de paz entre Israel y la Autoridad Palestina e instar a la aplicación de la resolución 1325 de las Naciones Unidas que “reafirma la importancia del papel de las mujeres en la prevención y resolución de conflictos”.

La organización ha colaborado varias veces con Women of the Sun, que persigue objetivos similares, para formar una “plataforma común”. En marzo de 2022, los dos grupos se reunieron en la playa Neve Midbar, en el Mar Muerto, para celebrar una conferencia de paz.



Una red de madres de soldados rusos

RAFFAELLA CHIODO KARPINSKY

Todo comenzó durante la ocupación de Afganistán por la URSS y continuó en la Federación Rusa, donde se organizó una red de madres de soldados.

En la década de 1980, antes de las redes sociales e Internet, las madres rusas encontraron cómo reconocerse, compartir su dolor y unir sus esfuerzos por sus hijos desaparecidos, encarcelados o muertos en la guerra. Con las dos guerras de Chechenia, la red se desarrolló aún más y nació la Unión de Comités de Madres de Soldados. El primer congreso en Moscú en 1989 consolidó las actividades que habían surgido espontáneamente en muchas partes del país. La capacidad de acción de esta red de mujeres en Chechenia se desarrolló hasta tal punto de que se convirtió en un ejemplo internacional en términos de diálogo en el marco de un conflicto. Surgieron iniciativas de extraordinaria importancia para identificar a los militares hechos prisioneros, así como a los caídos y desaparecidos.

Todo gracias a la capacidad de las mujeres y, especialmente de las madres, de establecer relaciones con sus homólogas más allá del frente. Una poderosa diplomacia desde abajo que, gracias al entendimiento mutuo, que permite superar unas divisiones que, de otro modo, serían inimaginables en una guerra. Con la agresión con-

tra Ucrania, las cosas se han complicado aún más. A pesar de las condiciones que rayaban en la imposibilidad para actuar, las madres de la Unión desempeñaron un papel importante al proporcionar información y asesoramiento jurídico a los jóvenes reclutados y enviados al frente. Las madres les dieron información sobre sus derechos. También respondieron a sus padres, sus esposas o sus novias que preguntaban continuamente cómo hacer para recuperar a sus familiares varones en el frente.

En una entrevista con la periodista rusa **Caterina Gordeeva, Valentina Melnikova**, el alma inspiradora de la Unión, dijo

que el 24 de febrero de 2022, el día de la invasión rusa a Ucrania, sus preocupaciones resultaron ser ciertas. Ya habían notado un aumento de la tensión desde diciembre. Demasiados soldados de todo el país se habían congregado a lo largo de la frontera. Comenzaron a llamar a las madres diciendo que sus hijos estaban en esa zona y preguntando qué podían hacer. La Unión de Madres les instó a ir a buscarlos por cualquier medio, nadie podía obligarlos a combatir.

No era fácil explicarles esto a quienes temían que llevárselos pudiera considerarse una desertión y correr el riesgo de ser fusilados. Con la invasión y la difusión de



Barbara, la restauradora que rescata el arte ucraniano TIZIANA LUPI

Barbara Caranza es una restauradora especializada en la protección del Patrimonio Cultural en zonas de crisis que en 2013 fundó Chief, una asociación de voluntarios que se ocupa de la protección del patrimonio artístico e identitario. Es su trabajo el que ha proporcionado la primera y quizás la única ayuda concreta hasta ahora para los ucranianos en lo referente a la protección de sus obras de arte, amenazadas por la guerra.

“En cuanto estalló el conflicto, **Ihor Poshyvailo**, director del Museo Maidán de Kiev, se puso

en contacto conmigo de inmediato”, recuerda Caranza. “Los ucranianos sabían qué hacer para proteger sus obras, pero no tenían los medios para hacerlo”, añade. El primer paso fue reunir el material necesario, desde embalajes para trasladar las obras de arte en peligro pasando por bolsas vacías para rellenar con arena con el fin de proteger lo que no se pudiera trasladar, hasta extintores o generadores, y hacerlos llegar a Ucrania.

A continuación, tuvo lugar un encuentro telemático en el que se habló sobre la relación entre

el arte y la guerra. Tras un curso de formación online para hablar con los ucranianos, no solo sobre la protección de las obras, sino sobre cómo mantener a las personas seguras y cómo gestionar el estrés. Se mantuvieron distintos encuentros con el apoyo de dos psicólogas y psiquiatras expertas en el tratamiento del *burnout*: “Algunos estaban a punto de tirar la toalla. Hubo, directores ucranianos de museos de arte rusos que fueron acusados de traición”, recuerda Caranza.

No es casualidad que la destrucción de bienes culturales e

históricos se considere un crimen de guerra, como establece el Protocolo de La Haya de 1954. El último paso de Chief fue traer a Italia a un restaurador ruso: “Gracias al director del Museo Egipcio de Turín, **Christian Greco, Olha Kulihina** pudo salir de Ucrania durante un año”.

El trabajo de Barbara Caranza está ahora en una fase de pausa: “Estoy en contacto con todos, a la espera de entender qué más podemos hacer. Ayudar a la gente en estas situaciones no es fácil porque hay que saber qué se necesita y cómo hacerlo”.

mensajes y vídeos que mostraban lo que ocurría, el miedo se convirtió en angustia y quienes pudieron hicieron todo lo posible por recuperar a sus hijos y maridos. Intervenir en un contexto de guerra es extremadamente peligroso. Y, pese a todo, recuperaron a varios hombres a través de contactos con quienes los tenían prisioneros.

Fuerte represión

En comparación con los tiempos de las guerras de Chechenia, hoy en día hay una represión más fuerte contra la sociedad civil. Por otro lado, la posibilidad de emprender acciones ha aumentado gracias a Internet. Recopilar y compartir información en tiempo real nos permite conectarnos y unir esfuerzos. Las intervenciones realizadas hasta el momento son de distinto tipo. Las madres escriben documentos y apelaciones a las autoridades civiles y militares. Buscan información de personas desaparecidas durante mucho tiempo, para saber si el desaparecido está prisionero o ha muerto y reúnen información sobre dónde recuperar el cuerpo para devolverlo a la familia. En concreto, se están realizando esfuerzos para traer a casa a los soldados rasos, aquellos muchachos que fueron reclutados en edad militar y enviados a luchar en el frente.

Hoy en día este sigue siendo un canal donde las madres consiguen, contra corriente, llevar a cabo una función de paz. Evidentemente si alguno de los que deciden les preguntara, no habría ninguna guerra porque ninguna madre está dispuesta a enterrar a su propio hijo.

Rossella Miccio: “Se ha silenciado el pacifismo”

CARMEN VOGANI

Civiles en el punto de mira y hospitales bajo las bombas. La guerra pisotea el derecho internacional humanitario, no solo en Gaza y en Sudán. Ya ha ocurrido en Afganistán, Siria y Yemen. La tendencia, denuncian las ONG, va en aumento y obstaculiza el trabajo de los trabajadores humanitarios. Hablamos de estas cuestiones con Rossella Miccio, presidenta de Emergency, la asociación

libremente de paz es el Papa Francisco. Porque el resto del movimiento está silenciado y es ridiculizado o criminalizado por la política. Necesitamos trabajar en una estrategia de visibilidad.

¿Un ejemplo concreto de crisis humanitaria?

Sudán. La comunidad internacional huyó. Nuestro Centro de Cirugía Cardíaca Salam, en Jartum, era único en el mundo. Los pacientes llegaban de países en guerra con Sudán, tenían visado gratuito y parte del costo estaba cubierto por el Gobierno. El año pasado el Centro solo estaba financiado a la mitad. Llevamos más de un año y medio esperando financiación de Italia para un hospital. La paz es urgente y, mientras tanto, se necesitan recursos.

Cuidar a los demás

¿Es cierto o un estereotipo que las mujeres son constructoras de paz?

En el tercer sector las mujeres son mayoría. ¿Honestamente? Como se considera un mundo con pocas perspectivas laborales, resulta menos interesante para los hombres. El estereotipo está en la idea de que cuidar a los demás es suficiente para hacer el bien. Pero se necesitan habilidades y profesionalidad. Si nos fijamos en la política, sinceramente no veo a tantas

mujeres constructoras de paz.

¿Cómo se construye la paz después de la guerra?

Tomemos el ejemplo de Afganistán. Después de veinte años de guerra no podemos fingir que hay 35 millones de personas que no existen. En términos económicos y de derechos, la situación ha empeorado y las mujeres están pagando el precio más alto. Trabajamos tanto en formación como en asistencia, tenemos tres hospitales, 40 clínicas y una escuela de anestesiología en Kabul. Las mujeres afganas representan el 30% de nuestra plantilla. El hecho de que estas mujeres, muchas de ellas viudas, contribuyan al sustento de la familia y del pueblo, les ayuda a no perderse.



italiana fundada en 1994 que ofrece atención médica y quirúrgica gratuita, y de alta calidad, a las víctimas de la guerra, las minas terrestres y la pobreza.

¿La política ha respondido a vuestras denuncias?

No, pero es un problema para toda la comunidad internacional. Además de las bombas, la burocracia también obstaculiza los servicios esenciales en zonas de conflicto. Al menos en el pasado buscaban excusas. Ahora hay una total falta de pudor.

¿El movimiento pacifista está en crisis?

Al contrario, es fuerte y transversal, interreligioso y laico. Puede que esté fragmentado, pero la verdadera cuestión es la visibilidad. El único que puede hablar

Raquel, salvada por el médico premio Nobel que cura las heridas invisibles

ILARIA DE BONIS

Raquel F. tiene mejillas redondas. Se acaricia el vientre mientras habla por videollamada desde la provincia de Bukavu, en República Democrática del Congo. Con ella están el psicólogo **Sylvain Balibuno** y **Crispin Kashale**, portavoz del hospital Panzi. Es el hospital especializado en el tratamiento de víctimas de violencia sexual, especialmente relacionada con los conflictos, fundado en 1999 por **Denis Mukwege**, el ginecólogo más famoso de África, Premio Nobel de la Paz en 2018.

Raquel tiene solo 17 años. Nunca había tenido relaciones sexuales antes del desagradable encuentro con el soldado del ejército regular en uno de los numerosos puestos de control de Kivu del Norte. El soldado la violó y la dejó embarazada hace unos ocho meses. Habla de sí misma con reticencias, más por pudor que por miedo. Hoy se siente segura, dice. Ella inició acciones legales contra su agresor a través de la Fundación Mukwege. Y está segura de que hizo lo correcto. Su madre la apoya, aunque sea desde la distancia, porque en Panzi las jóvenes viven en un lugar prote-

gido. “Vengo de Kalungu, en Kivu del Sur, un pueblo que era rico y fue destruido. Está ubicado en la carretera entre Goma y Bukavu”, comienza a explicar Raquel.

El centro de Kalungu fue conquistado por dos señores de la guerra congoleños: el general **Laurent Nkunda** y el coronel **Jules Mutebusi**. Desde entonces, sus habitantes se encuentran desplazados internamente. “El día de aquel suceso yo estaba cerca de Bulenga, lejos de mi familia. Iba a llamarlos cuando un soldado me hizo señas para que me acercara. No pude decirle que no porque por su uniforme parecía un pez gordo, un hombre de alto rango... Y entonces lo seguí hasta una especie de oficina de control para personas en tránsito. Entré allí y él me obligó... Me agarró por la fuerza y luego me hizo salir enseguida diciéndome que huyera. Me quedé embarazada. Fue mi primer hombre. No había tenido ni novio”, cuenta Raquel.

Vergüenza y miedo

En la mirada de Raquel se puede notar vergüenza y algo de miedo todavía. Desde Bulenga logró llegar a Bukavu, fue rescatada y luego trasladada al lugar donde las víctimas de violencia y abuso sexual reciben

atención, escucha y asistencia psicológica. En el Panzi Hospital & Foundation, cuya sede se encuentra en Mukwege, desde hace más de 25 años se tratan las heridas visibles e invisibles de las supervivientes. El método seguido no es solo físico, precisa inmediatamente Crispin Kashale. Es un camino integral “porque las heridas no son solo las que más se ven, sino que hay todo un trauma posterior a la violencia. Y, en muchos casos, hay de por medio un embarazo que no todas las mujeres aceptan”. Las mujeres también reciben asistencia legal en este refugio.

Nacido en 1955, Mukwege estudió medicina en Bujumbura, Uganda, y también en Francia. Regresó a su país porque esta (la guerra de las decenas de milicias armadas en Kivu del Norte, en la que participa además Ruanda), y todas las demás guerras en el inmenso ex Zaire, son un problema que afecta, en primer lugar, a las mujeres. “Raquel sufre estrés postraumático”, explica Crispin. Él traduce al francés las palabras de la joven que habla kihavu, una lengua bantú muy extendida en el este del Congo. “Estamos trabajando para que acepte la situación y luego decida qué hacer con la maternidad”.





Mariam, la lucha por sobrevivir al hambre

ILARIA DE BONIS

Es duro vivir aquí en el campo. En Sudán me iba bien, vivía con mi marido, mi madre y mis hijos. Pero la guerra nos obligó a huir. Durante la huida nos separamos. Algunos miembros de nuestra familia fueron asesinados, incluidos mi marido y mi madre. Se llevaron a uno de mis hijos y ya no sé dónde está”. **Mariam** tiene unos veinte años, está demacrada y débil y está amamantando a su tercera hija, **Salwa**, concebida durante la huida de Sudán y nacida en el campo de refugiados de Malakal, en el estado del Alto Nilo. “Intento ganar algo de dinero llevando agua potable y agua para cocinar a domicilio: desde la bomba hasta las tiendas. Por este servicio me pagan unas cuantas monedas, pero nunca es suficiente”.

Arroz, maíz, judías... Se come todo lo que puede en Malakal, Sudán del Sur. El hambre es una de las primeras consecuencias de la guerra y que a veces mata más que las armas. Las mujeres, que son las primeras en ir a buscar comida, suelen ser las últimas en comerla. A veces también llega al campamento pescado fresco: lo pescan en el río y los que pueden permitirse lo compran en el mercado. El resto de la comida la proporciona el Programa Mundial de Alimentos, que la entrega cada dos semanas a Cáritas que, a su vez, la redistribuye entre los refugiados. Los primeros desplazados cultivaron pequeñas parcelas de tierra y así pueden revender las verduras

frescas. “He salvado mi vida –repite Mariam dando gracias a Dios por ello– pero ya no tengo a mi familia y no trabajo”.

La guerra civil ha desgarrado a Sudán al otro lado de la frontera y ha producido una cifra récord de siete millones de desplazados internos y refugiados. Hasta 2013, Malakal era una próspera ciudad portuaria en el Nilo Blanco. Sin embargo, hoy es una extensión interminable de tiendas y chabolas donde se mezclan las ollas con los trapos y el hambre. Tiene una población de 50.000 personas y la mayoría de ellas proceden de Sudán. Las Fuerzas de Apoyo Rápido y el Ejército Nacional de Sudán no han logrado llegar a un acuerdo de alto el fuego y el país se ha vaciado.

Seguir adelante

Con las mejillas hundidas y la mirada abatida, Mariam recuerda que “en Sudán empezó a haber problemas hace casi dos años y nos marchamos”. “En el camino de Jartum a Renk, al otro lado de la frontera con Sudán del Sur, me separé de mis hermanos y familiares. Nos encontramos con unos soldados rebeldes, los de las RSF, nos atacaron y nos dispersamos”, rememora. Mariam acaricia a su hija con la esperanza de regresar algún día a su casa en Jartum. Haciendo lo que solía hacer que no es más que intentar seguir adelante con una vida normal. Un Jartum que antes de la guerra no era rico, pero tampoco tan desesperadamente pobre.

Isabella Rossellini, la monja que ve, oye y habla

A. COMAZZI

De rojo, de negro, de blanco, con sus mucetas entran a la Capilla Sixtina hasta que se quedan solos tras el *extra omnes*. Cuán escenográfico puede resultar un Cónclave. La película homónima de **Edward Berger**, basada en la novela de **Robert Harris**, también lo es. Es una metáfora del poder temporal salpicada por la caza de secretos, la compra y venta de votos y el intercambio político. Quizás gane muchos premios Óscar, o quizás no, pero hay un rol y una interpretación femenina que permanecerá. Y por eso, a la gente le gusta.

El Papa acaba de morir y el Decano del Colegio Cardenalicio, interpretado por **Ralph Fiennes**, debe organizar la elección del nuevo Pontífice y supervisarla. Todo y todos. Sus colegas cardenales son el liberal norteamericano **Stanley Tucci**, el tradicionalista canadiense **John Lithgow**, el posible primer papa negro **Lucian Msamati** y el impulsivo, caricaturesco y gran conservador **Sergio Castellitto**. Hay un *outsider*, un cardenal *in pectore* cuyo nombramiento solo conocía el Santo Padre, que quiere seguir adelante y quien protagoniza el giro final.

Son todos hombres. Hay un pequeño ejército de monjas que tienen que preparar las comidas y mantener las habitaciones limpias durante el aislamiento de los purpurados. Como es habitual, la mujer tiene un papel secundario. No es lo que parece. La generala del pequeño ejército, Sor **Agnes**, interpretada por **Isabella Rossellini**, será la piedra angular de la historia. Es bonito que ella resista con obstinada dignidad al desconfiado cardenal Fiennes. Y que defiende con fervor a una hermana catapultada contra su voluntad al centro de una intriga. Que pronuncie esta frase memorable: “Nos creéis ciegas, sordas y mudas. Pero oímos, vemos y hablamos”. Dice la verdad. El sentido de la historia se atribuye a la mujer, a la hermana, a su valentía, a la intensa interpretación de Rossellini. Será ella quien permitirá a esos cardenales seguir adelante.

La actriz estaba preparada, se inspiró en su experiencia de haber asistido a una escuela católica de Roma: “Hasta los 16 años viví rodeada de monjas. Eran buenas y amables, aunque tenían una enorme autoridad. Intenté acordarme de ellas mientras hacía mi personaje. “Agnes es silenciosa y a la vez estoica y autoritaria”. Una interpretación de casi ocho minutos. Muy breve y muy grande.

Una mirada de resistencia

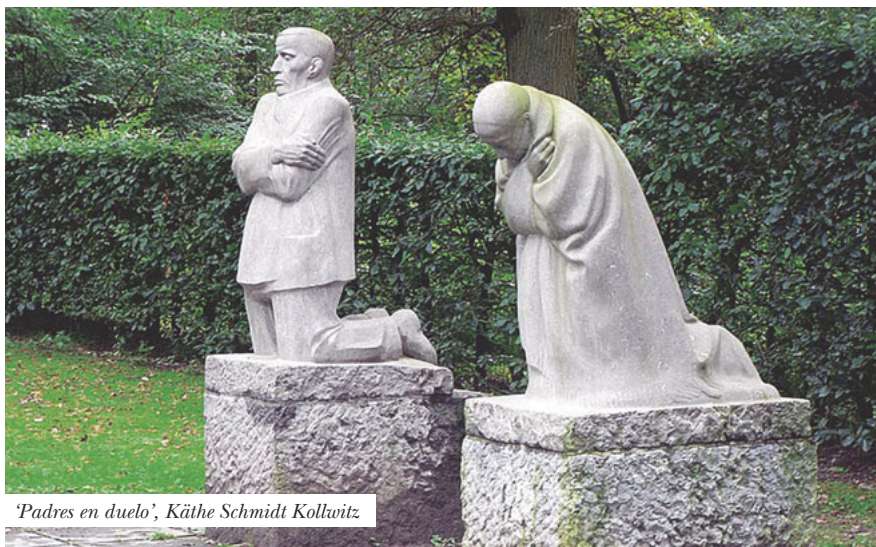
GIANLUCA MARZIANI

La perspectiva de las artistas en los conflictos y tragedias

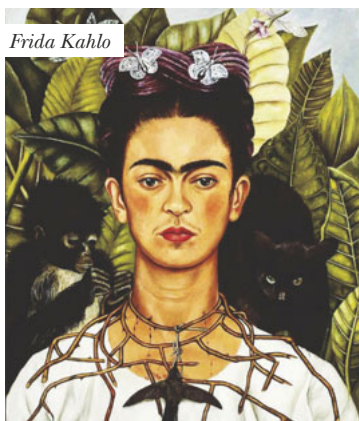
Un vínculo poco común entre las mujeres artistas y el tema “masculino” de la guerra, estalló a mediados del siglo XX como reacción expresionista a la Segunda Guerra Mundial. La primera razón se refiere al factor masculino en las cuestiones teóricas y prácticas de la guerra. Hay excepciones que destacan por la anomalía de una mirada maternal sobre lo indecible; excepciones que vemos en los tiempos modernos, con el advenimiento de la fotografía, la herramienta que democratizó el vínculo entre los artistas y la sociedad civil, el medio que ofreció a las mujeres la oportunidad de ser testigos militantes de grandes acontecimientos históricos.

Entre excepciones que confirman las reglas, recordamos a dos artistas que privilegiaron el trabajo manual como reacción humana y la lección moral sobre la guerra. **Käthe Schmidt Kollwitz** (1867-1945) fue una expresionista alemana que utilizó pintura, escultura y dibujo sobre papel. La pérdida de un hijo en 1914 la llevó, en medio del duelo, a diseñar un monumento escultórico titulado *Padres en duelo*, que se conserva en el cementerio polaco de Vladslo. Es la escultura donde una pareja condensa el dolor desgarrador en una postura de eterna espera, un *memento mori* que se ofrece como la oración de una mirada, contrición que fija el horizonte implacable de los acontecimientos, dando al mundo un símbolo del dolor en el que sumergirnos, el arquetipo de una aflicción que une a los humanos de toda época y origen.

Frida Kahlo (1907-1954) es hoy una figura mítica del siglo XX. Fue hija de la Revolución Mexicana y esposa del maestro **Diego Rivera**. Saltó a la fama por un accidente que la paralizó a los veinticinco años en una cama, donde pintó sus retratos surrealistas y donde amplificó su pasión militante por la libertad. Independientemente de los cuadros individuales, es el volumen moral lo que hace del artista un símbolo de resistencia, una referencia actual en el vínculo entre el corazón y la lucha política. Una figura que es un mito global, un icono para todas las mujeres que han desafiado el horror con la poesía de una nueva belleza visionaria. El verdadero punto de inflexión creativo para las mujeres llegó con el desarrollo de la Fotografía, la primera emancipación mo-



'Padres en duelo', Käthe Schmidt Kollwitz



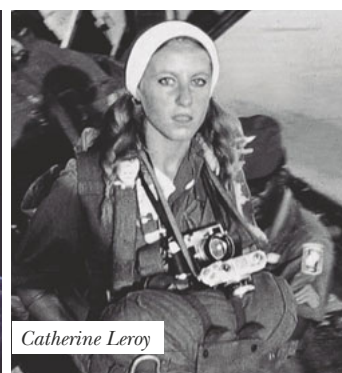
Frida Kahlo



Gerda Taro



Susan Meiselas



Catherine Leroy



Lee Miller

derna que otorgó nuevos roles y un nuevo respeto por una profesionalidad militante en clave femenina.

Gerda Taro (1910-1937), compañera alemana del reportero **Robert Capa**, se convirtió en una valiente fotógrafa sobre el terreno, donde murió con solo 26 años, atropellada por un tanque en plena Guerra Civil Española. Sus fotos del frente de 1936 condensan una mirada compasiva, una manera única de acariciar luces y sombras, de capturar momentos suspendidos y de sentir la tragedia colectiva con un blanco y negro que bloqueaba el instante pictórico, metafísico, universal.

Lee Miller (1907-1977) fue una modelo estadounidense de los años 20 que luego se convirtió en fotógrafa de moda en el París de **Coco Chanel**, la ciudad donde comenzó su relación con el dadaísta **Man Ray**. Para *Vogue* trabajó como reportera de guerra y documentó, entre otras cosas, la Batalla de Normandía y los campos de concentración de Buchenwald y Dachau. Su vida social, su presencia sensual y vanguardista, su poder hechizante la convirtieron en un icono de belleza a la vez que de compromiso ético. Un arquetipo de autonomía militante, tanto vestida con ropa militar como de largo para una gran velada.

Catherine Leroy (1944-2006) fue una fotoperiodista francesa muy reconocida que saltó a la fama con sus fotografías de la guerra de Vietnam para *Life*. La suya es la historia de una *freelance* tenaz y resistente, dispuesta a descender al corazón de la muerte para dar a conocer al mundo la verdad del horror con los ojos marianos de la piedad misericordiosa. Tras partir hacia Laos en 1966 con un billete solo de ida, comenzó a colaborar con *Associated Press*, hasta que su nombre se convirtió en el sinónimo femenino de *Life*, la revista que consagró su militancia en la guerra más absurda de la historia estadounidense.

Susan Meiselas (1948), estadounidense de Baltimore, se formó en Educación Visual en Harvard. En 1976 se unió al grupo *Magnum* y dos años después voló a Nicaragua para documentar la Revolución Sandinista. Posteriormente cubrió Chile durante el régimen de **Pinochet** y siguió los acontecimientos en Kurdistán hasta su reciente trabajo sobre las vidas de algunas mujeres en un campo de refugiados en Inglaterra. Una rara coherencia de mirada y pasión militante por las minorías. Un relato fotográfico en el que el ojo femenino capta cada matiz del dolor con esa amabilidad y firmeza que solo tienen los seres especiales.



El ejército de la caridad

Las religiosas enfermeras guiaron los hospitales militares

FRANCESCO GRIGNETTI

Detener las armas antes de reducir el mundo a “un hospital y un osario”. Era la Navidad de 1915. La Gran Guerra duraba ya año y medio y el Papa **Benedicto XV** no dejaba de llamar a la paz. Lo que el mundo aún ignoraba, a causa de la censura, era cuánta sangre se estaba derramando y cuántos heridos graves había en los hospitales militares. Pero la cifra estaba muy clara para la Santa Sede. El Pontífice había querido un hospital para los heridos de guerra en su casa, ofreciendo los espacios del Pontificio Hospicio de Santa Marta, en el Vaticano. Los mismos que hoy frecuenta el Papa **Francisco**, desde agosto de 1915 acogieron a cientos de soldados italianos gravemente heridos. Allí trabajaba el personal médico y de enfermería de la Orden de Malta y de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, ataviados con grandes cofias blancas y delantales grises.

Ese grupo de monjas formaba parte de un gigantesco esfuerzo coral. Se pidió a decenas de miles de religiosas de varios países europeos que cuidaran a los heridos de guerra. Las religiosas alemanas sirvieron en los trenes-hospital de la Orden de Malta.

La obra de las agustinas francesas protagoniza una gran exposición en el museo de Meaux, a 50 km de París, dedicada a las “Enfermeras heroínas silenciosas de la Gran Guerra”. La muestra prestó especial atención al coraje de Sor **Sainte-Marthe** que no escatimó esfuerzos en su convento reconvertido en hospital militar donde se enfrentó a una grave epidemia de tífus. La monja murió después de la guerra, agotada por tanto trabajo.

En Italia, las Hermanas de la Caridad de Santa **Giovanna Antida Thouret** fueron de las primeras en ponerse manos a la obra. Al comienzo de la guerra, la Superiora General, Madre **Ildegarde Zmiglio**, en una circular del 6 de mayo de 1915, escribió: “Ánimo, mis buenas hijas, no os asustéis

de los sacrificios que esta misión os exige, realizadla sin escuchar a la naturaleza, que no puede encontrar nada agradable en este género de servicio que os lleva a vivir entre muertos y moribundos”.

Blandina Protani, que estaba en uno de los primeros trenes-hospital, escribe: “Es triste ver a esos buenos jóvenes regresar enfermos del campo de batalla, pero es más desgarrador ver a los heridos... Algunos daban una pena indescriptible. Cuando recibí a un pobre capitán que tenía el hombro atravesado por una bala, tuve que hacer de tripas corazón”.

En un informe leemos: “Hemos recibido a un militar mutilado en ambos miembros. Solo le quedaba el tronco. Era muy joven. Tenía madre y mujer lombarda, y parecía tranquilo, muy agradecido por los cuidados recibidos. Nos necesitaba para todo. Supimos que murió al cabo de un mes”.

El padre **Giancarlo Rocca** estudió la contribución de los religiosos y religiosas a la Gran Guerra. “No sabemos –escribe– cuántas eran, porque hasta ahora, a diferencia de lo que ocurrió con los religiosos, no se han realizado investigaciones estadísticas sobre el tema. Si consideramos que en el censo de 1911 había aproximadamente 45.000 religiosas en Italia, no parece descabellado creer que al menos un tercio de ellas estuvieran envueltas en servicios de guerra. Sirvieron en zonas de guerra, en hospitales de campaña, en hospitales de reserva, en hospitales territoriales, en ambulancias y en trenes hospitales”.

Ya en agosto de 1916, el profesor **Ronaglia**, jefe del hospital provincial de Parma, afirmaba: “En todos los campos de batalla las monjas son unas 10.000, un ejército de caridad”. No eran enfermeras cualificadas, salvo algunos casos especiales. Eran responsables de administrar las plantas, de la alimentación, de la limpieza o del acompañamiento y el consuelo. La guerra moderna impuso una movilización general que no salvó a ningún nicho de la sociedad.



Así, África retrocede

DIAMANTE D'ALESSIO

África está retrocediendo. No es que se haya detenido, es que está retrocediendo. Es culpa de las guerras que acaparan los recursos para los países más frágiles. Las mujeres y los niños son los que están más en riesgo. La salud de las mujeres siempre está en peligro". Son las palabras de **Chiara Maretti**, obstetra de 48 años que vive desde hace tres en Sudán del Sur. Trabaja para "CUAMM, Medici con l'Africa", una ONG volcada en prestar servicios sanitarios en los países del África Subsahariana.

En muchas ocasiones, el padre **Dante Carraro**, director de CUAMM, que desde que estallaron las guerras de Ucrania y de Israel y Gaza, el gasóleo en Sierra Leona ha subido de 8.000 a 22.000 leones al litro. El resultado es que las ambulancias funcionan de manera intermitente porque no llega el dinero para el combustible. Así, decenas de madres se quedan sin su cesárea de emergencia, por ejemplo. Cuenta además Carraro que muchos niños en Karamoja, una región de Uganda, están muriendo de desnutrición. O que, en Tanzania, otro país donde opera CUAMM, el precio de los medicamentos para la diabetes es el triple de lo que era hace un año. En el hospital de Wolisso, en Etiopía, el coste de un par de guantes estériles llega a alcanzar el euro y cada día se utilizan cientos de ellos. "Son costes insostenibles para unos países tan pobres. En Sudán del Sur, el gobierno ya no es capaz ni de pagar los salarios porque los fondos de los donantes internacionales se han destinado a otros fines", lamenta Chiara Maretti. Las historias de quienes

La guerra acapara los recursos para la salud de las mujeres

trabajan con CUAMM siempre son extraordinarias, como la de la propia Chiara.

"En Italia he trabajado como obstetra en Como y en Monza. Durante mis prácticas, trabajé en un pequeño dispensario en medio de la nada en Kenia. Aquella fue mi primera vez en África. En 2014 me fui con CUAMM a Sierra Leona. Y entonces estalló la primera epidemia de ébola y tuvimos que quedarnos allí", narra.

El parón del ébola

¿Qué recuerda del ébola?

El total aislamiento en una África donde el contacto humano lo es todo. Aquí los saludos duran un cuarto de hora, te das la mano, te abrazas, te vuelves a dar la mano... son ritos importantísimos. Con el ébola todo eso se detuvo en seco y se cerraron los mercados y las escuelas. Yo en el hospital no podía siquiera coger en brazos a los neonatos. Lo pasé mal porque en cuanto entro en pediatría lo primero que hago es llevarlos en brazos uno por uno.

¿Cuándo llegó a Sudán del Sur?

La primera vez en 2015 para enseñar en la escuela de obstetricia inaugurada por CUAMM. Luego tuve que volver a Italia y me fui a trabajar a una clínica privada en Suiza, pero no duré mucho. De ahí me fui al Kurdistán donde, durante dos años, trabajé en salud reproductiva en campos de refugiados. Estando allí, el padre Dante Carraro me llamó para pedirme que regresara a Sudán del Sur y desde hace tres años soy la responsable de la misión en el país.

¿Cuáles son las mayores dificultades que percibe en Sudán del Sur?

La inestabilidad política que afecta a todo lo demás. Y eso genera una pobreza extrema, absoluta, de la que ya ni se habla. Si tenemos en cuenta que apenas se habla de Sudán, donde hay una guerra, y que casi todo el mundo confunde ambos países... Se estima que más de 700.000 refugiados han llegado desde Sudán, huyendo, irónicamente, hacia este país que -según los últimos datos- es el más pobre del mundo y uno de los que presenta una mayor mortalidad materna e infantil. Aunque recientemente, hemos celebrado un importante hito importante: seis meses sin mortalidad materna en los tres hospitales en los que está presente el CUAMM. En cualquier otro país ni siquiera se hablaría de ello, pero aquí es un gran éxito. En Italia tengo colegas que se jubilan después de 40 años sin haber presenciado jamás la muerte de una mujer durante el parto. Son afortunados. Ahora bien, el desafío es no dejarnos aplastar por estas dificultades porque, muchas veces, parece como si todo el tiempo estuviéramos empezando desde cero. Necesitamos fijarnos en los resultados a largo plazo.

¿Cómo hace para no dejarse arrastrar por las tragedias de las que es testigo?

Es como intentar vaciar el mar con una cucharilla. Pero cada cucharadita tiene un nombre y un apellido, es una vida. Si en los tres años que llevo en Sudán del Sur hubiera podido salvar solo a una sola madre, habría valido la pena. Nunca debemos perder de vista por qué estamos aquí. Tengo una fórmula mía, un poco loca y muy personal: ir al hospital, a servir,

Vocaciones sacerdotales sin monaguillas

MARINELLA PERRONI

El cardenal **Albert Malcolm Ranjith Patabendige Don**, arzobispo metropolitano de Colombo, antigua capital de Sri Lanka, desde 2009, pidió en una carta dirigida al clero que “ninguna niña sea invitada a servir en el altar en la archidiócesis”.

Como todas las elecciones es discutible y, por eso, es importante reflexionar sobre sus motivaciones. Como se había previsto al final del Sínodo, las diferentes Iglesias locales tienen la tarea de traducir en sus realidades particulares las indicaciones y esperanzas compartidas en el Documento Final. Todo debe ser fruto del discernimiento para mantener unidos la pertenencia a una Iglesia sinodal en la que, en varios países, las monaguillas son ya una realidad y el respeto a las distintas realidades locales.

Es necesario examinar la motivación esgrimida por el arzobispo para apoyar su decisión. Explica que los monaguillos “deben ser siempre jóvenes porque esta es una de las principales fuentes de vocaciones al sacerdocio en Sri Lanka e influirá en el número de candidatos que entran en los seminarios, un riesgo que no podemos correr. Dado que a las mujeres no se les permite ser ordenadas sacerdotes, tenemos que adoptar esta medida”.

El silogismo que subyace al razonamiento es muy claro: las mujeres no pueden acceder al sacerdocio, los monaguillos son una de las principales fuentes de vocaciones al sacerdocio, por lo tanto, las mujeres no deberían poder ser monaguillas. Desde un punto de vista lógico, no hay nada que objetar. Debemos preguntarnos cuál es el estrecho vínculo de contigüidad y continuidad que Malcolm Ranjith establece entre ser monaguillo y convertirse en sacerdote.

En un momento en que la discusión sobre la formación para el ministerio sacerdotal y para la vida en los seminarios, exige la búsqueda de modelos totalmente nuevos, valoraciones serias de los candidatos y de su maduración sexual y afectiva, ¿qué sentido tiene considerar el mundo de los monaguillos como una cantera privilegiada para futuros sacerdotes? Es justo seguir pensando que una verdadera vocación al ministerio puede nacer y desarrollarse en un ambiente impermeable a las diferencias, incluidas las sexuales. Una vez más, excluir a las mujeres hace daño. A la Iglesia, no solo a las mujeres.



incluso los sábados y domingos que no debería estar trabajando. Necesito ver a los pacientes, necesito mantener los pies en la tierra y ver y sentir por qué estoy aquí. **La guerra roba recursos para la salud de las mujeres en conflictos como los de Ucrania o Gaza, ¿cuál de estos dos conflictos se refleja en mayor medida en la situación de las mujeres en África?**

No puedo decir cuál de los dos es peor porque la consecuencia evidente que vemos y vivimos aquí es que la mayor parte de los fondos internacionales se han desviado. Esas guerras se perciben como emergencias mientras que nuestras situaciones se definen como crónicas y, por eso, desde el comienzo de la guerra en Ucrania ha habido un frenazo en la llegada de fondos. Pero el golpe de gracia para nosotros ha sido Gaza porque el dinero llega a cuentagotas. Es la llamada donor's fatigue, el cansancio del donante, para el que África es ya una causa perdida.

¿Cuál es la situación en Sudán del Sur?

Dramático. Durante diez años, hasta 2023, recibimos financiación de un fondo liderado por los gobiernos británico y canadiense. Ahora este país, que no tiene recursos propios, recibe fondos de un proyecto del Banco Mundial, a través de UNICEF, pero el presupuesto asignado a las ONG es menos de la mitad de lo que teníamos hasta el año pasado. Así que las organizaciones no tienen otra opción

que recortar el personal existente como médicos, matronas, personal expatriado... **¿Esto cómo afecta a sus hospitales?**

Afortunadamente, el sistema CUAMM se mantiene gracias a una serie de donantes, muchos privados, que marcan la diferencia. Además, esta ONG siempre ha invertido mucho en recursos humanos, gente que no viene a trabajar en lugar de los africanos en los hospitales, sino que trabaja con colegas locales. Todo está centrado en la formación, una buena fórmula y también complicada. Tenemos dos escuelas para matronas que son el elemento vital del sistema.

Lo más fácil hubiera sido venir aquí y construir un hospital desde cero con expatriados que hacen que el mecanismo funcione de maravilla, pero este modelo no hace que crezca el continente ni mucho menos el sistema sanitario local. Nosotros, dentro de los hospitales públicos, tenemos que respetar una serie de dinámicas complicadas. Y también lidiamos con la escasez de medicamentos porque recibimos cada vez menos. Cada mes el CUAMM tiene que intervenir con fondos propios para garantizar que lleguen en cantidad suficiente. En otros hospitales, las mujeres que deben someterse a una cesárea tienen que comprar sus propias gasas y suturas.

¿Qué se puede hacer?

Seguir creyendo en este magnífico continente. Veo obstetras recién licenciadas trabajando en hospitales. En centros de salud perdidos en medio de la nada, me encuentro con un ex alumno que quizás vive en una choza de barro, pero que está trabajando con una sonrisa. Tengo muy buenos colegas africanos: cirujanos y obstetras de primer nivel. Lo sorprendente es que se formaron en sus propios países, como Uganda o Kenia. Esto es lo que me da fuerza y esperanza.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento